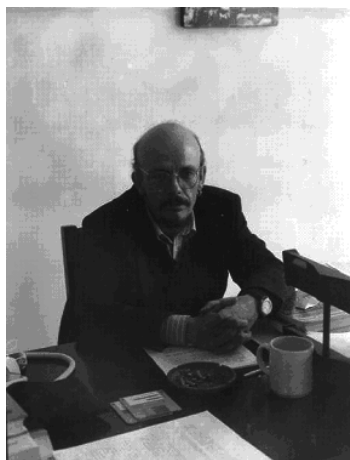


José Almeida, Claudia López y Amparo Eguiguren

Memoria polifónica por el Erwin Frank¹ (Julio, 2009)

“Solo una cosa no hay. Es el olvido”

Jorge Luis Borges



Erwin Frank (1950-2008).

Erwin Frank había arribado al Ecuador al terciar los años ochenta luego de una fecunda y frenética estadía en la Amazonía peruana entre los uni-cashibo del Ucayali. Llegó casi en silencio, fruto de una decisión que lo había llevado a este país andino para acompañar a su formidable compañera, la antropóloga Carmen Hess, quien se hallaba por ese entonces escudriñando la sabiduría agrícola y lingüística de los quichuas de los páramos de la provincia de Cotopaxi. Segundo Moreno Yánez ya tenía acostumbrados

1 Sus alumnos de la FLACSO: José Almeida, Marcelo Bonilla, Amparo Eguiguren, Miryam Amparo Espinosa, Marcelo Fernández, Vivian Gavilán, Margarita Huayhua, Ladislao Landa, Adolfo López, Claudia López, Alexandra Martínez, Iván Micelli, Raúl Mideros, Pedro Roel, Esteban Ticona, Luis de la Torre, Alicia Torres, Gabriela Torres y Xumei Wang.

Con contribuciones especiales de Henry Salgado Ruiz, ex estudiante de FLACSO, y María Carmen Ulcuango, responsable de la Unidad de Estudiantes, FLACSO, sede Quito-Ecuador.
Fotografías de Pedro Roel.

a sus colegas y estudiantes de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE) a recibir visitas de investigadores y profesores europeos, de modo que su llegada al Departamento de Antropología lucía casi como una rutina más dentro del rico intercambio que por aquellos años iba configurando la novel antropología profesional ecuatoriana. Pero pocos adivinaron que un personaje como éste no se instalaría allí tan sólo de paso; llegaba, como era su costumbre, para quedarse en la nueva trocha abierta, no sólo físicamente, sino también para fundirse con el alma al firmamento del conocimiento antropológico local y en la memoria de quienes tuvieron la fortuna de conocerlo.

Frank llegó con el propósito de enrolarse a la planta docente de este departamento, justo en un momento de avidez intelectual y participación política de varios de sus colegas y estudiantes ecuatorianos. Estos se hallaban inquietos por el inusitado despertar del movimiento indígena ecuatoriano, el que finalmente eclosionara a comienzos de los noventa en el emblemático levantamiento indígena de 1990. Y atento y curioso como era, no tardó en sacudir su arsenal teórico y vivencial para enfrentar lo que hubiera que vivirse. Gracias a su avidez sin límite por la lectura, en poco tiempo habría de absorber casi por completo todo lo que se había publicado en ese entonces en torno al movimiento indígena del Ecuador. Así quedaría en pocos meses más que listo para entrar en la onda y asumir el nuevo reto con el mismo genio con que iniciara en sus años mozos cualquier aventura, por rocambolesca que fuera. “Admiro más a los Rolling Stones, que a los Beatles”, se confesó un día, abundando en argumentos que enunciaban en una sola clave su naturaleza discolá y contestataria, a sabiendas de que la adhesión a cualquier preferencia jamás asume formas polares sino tan sólo el apego apasionado a la variante de un mismo fenómeno que más se apega a tu forma de ser y sustancia.

La verdad es que su apariencia más bien menuda y flacuchenta no coincidía con el estereotipo con que los latinoamericanos de estos lares imaginamos al antropólogo nórdico. Pero quien lo miraba por primera vez, con su particular sombrero, no podía evitar la impresión de estar ante un personaje diferente, muy sagaz e inquisitivo, lo que en primera instancia provocaba en sus nuevos interlocutores una suerte de temor muy cercano a la reverencia. Tal vez abonaba en tal sentido el hecho de que a los ecuatorianos no se les escapara su parecido con el “loco” José María Velasco Ibarra, caudillo conservador quien fuera cinco veces presidente del Ecuador; o con el propio Lenin, cuya semejanza incluso habría de llevar a sus estudiantes de la PUCE a motejarlo por su prematura calva y difícil bigote como el “Lenincito de los pobres”. Pero esa primera impresión rápidamente se esfumaba conforme avanzara la tertulia o la clase o la conferencia y él empezara a narrar tanto sus magníficas anécdotas patibularias, como sus pausados y certeros razonamientos sobre cualquier tópico, campo o coyuntura. Poca

duda cabía en sus interlocutores de que se hallaban ante un raro espécimen de entre aquellos antropólogos surgidos de universidades europeas o norteamericanas, orlados por el aura que rodea a quienes han recibido su bautizo antropológico en un iniciático “trabajo de campo” en tierras exóticas. Ya en el trato cotidiano, su imagen sería se descongelaba para dar paso a un hombre jovial y comunicativo que se abría a sus nuevos amigos simplemente compartiendo sus gustos y valores. Esto ya lo había hecho ante los uni del Ucayali peruano, con quienes invirtió “meses enteros de fumar duro, tomar trago y no afeitar(se)” (Frank, Villacorte Bustamante, Villacorte Mëa & Santiago Mëa (1990: 14) para así desmentir exitosamente la incómoda imagen de misionero evangélico que los nativos le habían atribuido. De esa manera, Erwin habría de inmiscuirse en ese mundo tan especial e insospechado y además recogería en lengua nativa lo mejor de sus manifestaciones, tal como lo evidencia su compilación de mitos uni, tesoneramente organizados e interpretados para luego ser publicados por la editorial ecuatoriana Abya Yala (Frank 1993a). Desde luego, pocos habrían de creer que tal sujeto tan peculiar y versátil llevara también en su equipaje una trayectoria académica envidiable y encomiable, que empezara en su interés doctoral por polemizar y desmitificar “de una vez por todas” el canibalismo atribuido a los aborígenes americanos (Frank 1987). Lo avalaba también el hecho de que pocos años antes de llegar al Ecuador hubiera postulado y quedado en el segundo lugar, de por sí meritório, en un concurso convocado para llenar una encumbrada cátedra de Antropología en la Universidad de Berlín.

Frank asumió así en el Departamento de Antropología de la PUCE asignaturas que aunque no se ajustaran en lo inmediato de su experiencia investigativa anterior (dominada por su interés en el ecologismo cultural) al menos se acoplaban a su naturaleza aventurera, abierta e inquisitoria: el temible curso de Organización y Parentesco (que sólo los valientes se atrevían a tomar y, peor aún, enseñar) y el apoyo teórico a un taller de investigación que en ese entonces se hallaba abierto para incursionar en el problema de la identidad étnica en Otavalo. En tiempo récord Frank ya había compilado con su colega José Almeida y sus estudiantes talleristas todo lo que se hubiera publicado sobre los otavaleños tanto en el Ecuador como en universidades extranjeras. Pero quizá fue su contacto inmediato con la organización indígena local (Federación de Indígenas y Campesinos de Imbabura, Inrujta – FICI) y particularmente con jóvenes intelectuales indígenas del cantón (tales como Mario Conejo, Ariruma Kowi y Luis Maldonado) lo que le puso más en alerta ante un fenómeno que aunque ya había sido intuido en sus lecturas, no se le había presentado hasta ese entonces con tanta nitidez: la existencia y vicisitudes de un proyecto étnico plurinacional, con una inteligencia indígena en condiciones idóneas para impulsarlo a escala nacional. Desde un inicio, le pareció duro que estos y otros brillantes jóvenes indígenas sufrieran

discriminación y racismo por parte de la sociedad “blanca” pese a su progreso material y talento, pero en medio de tal constatación halló claves para enfrentar y caracterizar no sólo este problema particular, sino el trasfondo del problema nacional del Ecuador en su conjunto.

Así, entre estas nutritivas clases y los escapes con su grupo de estudiantes hacia Otavalo,² Frank empezó a madurar y sopesar sus ideas. Coincidentemente, esta brecha lo llevó a conocer y compartir situaciones que al despuntar los años noventa significarían un sacudón en la conciencia e historia nacionales del Ecuador. Fruto de la colaboración de su grupo con la FICI, Frank, su colega Almeida y sus estudiantes de taller fueron invitados por la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) a apoyar la logística del Primer Encuentro Continental de Pueblos Indígenas, llevado a cabo en el pueblo de La Merced, cercano a Quito, en Julio de 1990. Este encuentro, al que acudieran una variada gama de organizaciones indígenas de Norte, Centro y Sudamérica, fue una auténtica revelación del poderío que poco a poco habían ido amasando los pueblos indios de todas las Américas y, particularmente, los del Ecuador. Frank, quien es recordado por sus compañeros de esta aventura como aquel curioso y energético traductor Inglés-Castellano-Inglés que compartiera en los paneles sangre, sudor y risas con quechua-aymaras, tucanos y cheyenes, al poco tiempo habría de presenciar maravillado la cristalización de este potencial en el ya casi mítico Levantamiento Indígena Ecuatoriano, realizado a los pocos días de la clausura del mentado Encuentro Continental. Fue tal su impresión, que no sin ironía habría de declarar años después que si bien lamentaba no haber estado presente en el derrumbe del muro de Berlín, podía alardear que estuvo no sólo presente, sino involucrado en el histórico Levantamiento Indígena Ecuatoriano. Definitivamente, algún muro tenía que derrumbarse ante sus ojos.

Ya con este bagaje bajo el brazo, Frank empezó a generar una serie de contribuciones escritas, algunas de ellas inéditas.³ Metido de lleno en lo que podría enunciarse como la política de la identidad, uno de sus artículos habría de ser publicado en un emblemático libro sobre el Levantamiento de 1990 (Frank 1991). Con su inmensa capacidad para formular preguntas centrales y relacionar acertadamente lo particular con lo general, se interesaría en la peculiaridad del proyecto indígena ecuatoriano y postularía allí una clave esencial para comprender el fundamento de esta particu-

2 Conformaban en ese entonces tal taller: César Cabrera, Isabel Clavijo, Guadalupe Godoy, Inés Palomeque, Ninfa Patiño, David Paz y Martha Rodríguez.

3 Por ejemplo, “Etnicidad en el Cantón Otavalo”, 1998 (manuscrito inédito). En este trabajo, Erwin Frank realiza a favor del ya referido Taller de la PUCE una extensa y magnífica revisión de las diferentes teorías sobre la Etnicidad, haciendo un sucinto y erudito recorrido por las teorías y métodos del “Culturalismo”, el “Modelo Barthiano”, el “Situacionalismo” y la “Teoría de la Praxis”. Todo ello, con el objetivo de acuñar hipótesis para el caso otavaleño.

lar revuelta. Si bien los pueblos indígenas del Ecuador habían madurado en forma intrínseca en sus diversos niveles político-organizativos, su proyecto específico había sido configurado dentro de una compleja triangulación de fronteras étnicas entre las diversas entidades socio-culturales que conforman el conjunto del Ecuador. En síntesis, el desarrollo o progreso de los indígenas “en cuanto tales” chocaba con el muro de la sociedad blanco-mestiza, donde los sectores medios y bajos más afectados por la crisis global, atizaban dardos raciales para bloquear el ascenso real y competitivo de los sectores indígenas y sus capas intelectuales. A éstos no les quedaría entonces otra alternativa que acometer “como tales” contra la configuración misma del Estado y Sociedad ecuatorianos. Al fin y al cabo ya contaban con un discurso étnico-nacional coherente y un marco legal internacional que los respaldaba, con los que podían superar la atomización organizativa que antaño había coartado sus luchas por derechos inculcados.

No sería exagerado argumentar que este aporte habría de sumarse nutritivamente a una corriente antropológica que en forma renovadora empezó a diversificar su interés por los distintos “actores” del problema nacional, sin reducirlo necesariamente su estudio al componente indígena. En esta tónica, Frank estimuló a sus estudiantes a ocuparse de otros sujetos sociales, incluyendo a los sectores dominantes, muchas veces visto tan sólo como el oponente craso al despertar indígena, sin especificidad ni particularidad ideológica o antropológica alguna. Esta inquietud se expresa en su libro compartido con dos de sus alumnas de la PUCE, en el que juntos se proponen “hacer hablar” sobre los indígenas y el tema nacional a los políticos del Ecuador más importantes de ese entonces.⁴

En 1992, ya en pleno fervor por la conmemoración de los 500 años de la llegada de Colón a América, Frank es invitado a completar la planta de profesores de Antropología para el programa de Maestría en Antropología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – FLACSO, sede Quito-Ecuador. Una vez más habría de ocuparse de la terrible cátedra de Organización Social y Parentesco y de las Teorías Antropológicas. Su dedicación y erudición resultaron proverbiales. Llamaba la atención su inveterada puntualidad para escribir con anterioridad sus lecturas, las que, por añadidura, eran luego entregadas generosamente a sus alumnos como refuerzo pedagógico inconmensurable. Sus alumnos juraban que, de ser pulidas sus genialidades lingüísticas germano-castellanas, constituirían un material digno de publicarse y difundir. Manejaba con soltura y desde un punto de vista original no sólo a los autores clásicos y contemporáneos de la Antropología, sino también a filósofos de la Iluminación, modernos y postmodernos contemporáneos, así como a otros profesionales de disciplinas sociales que él, jocosamente, catalogaba como sus “primus inter pares”.

4 Frank, Patiño & Rodríguez (1992). El análisis de este material tendría continuidad en otro libro de Patiño (1996).

Pero quizá tan importante como su rol de profesor, fue su vocación como mentor y amigo de sus estudiantes. En su mayoría, ellos eran ecuatorianos (José Almeida, Marcelo Bonilla, Amparo Eguiguren, Alexandra Martínez, Raúl Mideros, Luis de la Torre y Alicia Torres) y los restantes acudían desde Bolivia (Marcelo Fernández y Esteban Ticona) Colombia (Claudia López y Miryam Amparo Espinosa), Chile (Vivian Gavilán e Iván Micelli), Perú (Margarita Huayhua, Ladislao Landa, Pedro Roel y Adolfo López) y Guatemala (Gabriela Torres); una de ellas, incluso llegaba desde la lejana China (Xumei Wang). A todos ellos, Erwin les brindó su atención atenta y personalizada, con una acuciosidad que a varios de ellos les permitió definir no sólo sus proyectos académicos, sino también sus posiciones personales ante la vida y lo que él llamaba “el compromiso antropológico”. Como ejemplo, resalta el caso de una de sus pupilas que asistía a sus clases de parentesco. Erwin había pedido a sus alumnos y alumnas hacer el cuadro de su propia estructura familiar, utilizando los acostumbrados círculos, triángulos y líneas para representar sucintamente a ego, el padre, la madre, las hermanas y hermanos del padre, las hermanas y hermanos de la madre, las hermanas y hermanos de ego, etcétera. Pero los padres de esta alumna eran parientes entre sí y, a su vez, ella tenía una hermana gemela, de tal manera que el dibujo resultaba un enredo singular de triángulos y círculos cruzados por mil líneas. La atención personalizada de Erwin permitió a esta azorada discípula no sólo desenredar esta insólita maraña, sino también aprender “en carne propia” el complicado sistema de parentesco. Qué decir del resto de sus compañeros, quienes también habían padecido y disfrutado a su modo de este curioso empeño de transportar la Antropología casa adentro y de una manera tan vivencial y pragmática.

Una vez concluida su permanencia y participación en la Maestría de la FLACSO, Erwin Frank empacó otra vez su maleta y emprendió un nuevo rumbo; esta vez hacia las tierras ecuatoriales del Brasil, en donde habría de quedarse para siempre. Su gente del Ecuador disfrutó nuevamente de su breve visita en Octubre de 1996, a propósito de la realización del Primer Congreso de Antropología Ecuatoriana, evento al que fue invitado como uno de sus expositores principales. En tal ocasión, dejó indeleble un mensaje a sus antiguos colegas y alumnos ecuatorianos y latinoamericanos, que habría de ser el primero y último de sus mensajes difundido en este foro. Siempre preocupado por el rumbo que pudiera tomar el trabajo antropológico en el tema de la modernidad y desarrollo de América Latina, asumiendo críticamente su posición de profesional europeo, no tuvo empacho en advertir a los presentes:

Ahora, la existencia y persistencia de estos modelos alternativos en Estados pluriculturales como el Ecuador casi siempre están o simplemente negados por los modernizadores o encarados como una obligación de decidirse por uno de ellos a costa de los demás; y como estos modernizadores son hombres “modernos”, al fin es siempre la alternativa occidental

la que gana en esta competencia desigual. Pero existe una alternativa realmente moderna en esta actitud, que es anticipar las consecuencias de cualquier innovación deseada [...] de seguir procurando lo que ellos consideran importante para sí y negarse a realizar aquellas que realizan los sueños de unos pocos, al mismo tiempo de dificultar todavía más la realización de los sueños alternativos soñados por otros (Frank 1998).

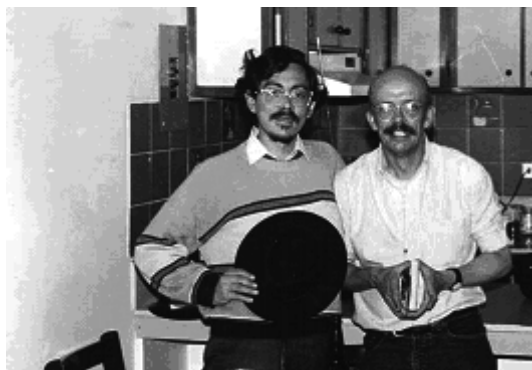
Erwin Frank permaneció varios años en Brasil en un silencio que a todos los que lo conocieron en Ecuador les resultaba más que “sospechoso”. Sabían que aquel ilustre personaje continuaría sumergido en hazañas cotidianas en el lugar que estuviere y no perdían la esperanza de volver a juntarse con él para recrear en medio de tragos y medianoches las nuevas experiencias vividas en otras selvas y parajes. Varios de sus antiguos discípulos latinoamericanos incluso sostenían esporádicos contactos y encuentros con él en una variedad de eventos típica del quehacer antropológico, como son los congresos y seminarios e intercambios electrónicos a la distancia. Para todos ellos, no cabía duda de que el “Erwincito” seguía fiel a su partitura.

Pero esa esperanza de volver a verlo y disfrutar de sus conocimientos y hazañas, un día habría de esfumarse. Con incredulidad, uno a uno, sus amigos, colegas y discípulos irían enterándose que había fallecido en circunstancias poco menos que titánicas: no en la cama luego de una larga enfermedad o en los jaloneos del amor, o desbarrancado en un camino culebrero de algún paraje sudamericano, sino de un ataque al corazón en una sala de clases y ante sus alumnos de Antropología, en medio de esos hermosos laberintos imaginarios que con ellos acostumbraba a entretenerse y llenarse de preocupación por los débiles o la gente sencilla, casi como si ellos fueran su misión y destino.

Y así fue regándose la noticia y llegando las condolencias de quienes fueron sus amigos y estudiantes de la FLACSO. Unos más, otros menos, el lamento colectivo conformó un coro de asombro y admiración por un personaje que en algún modo y grado había tocado sus vidas y, más asombroso aún, tenía la rara virtud de volverlos a juntar y renovar con fuerza sus antiguos vínculos de compañeros y amigos.

Vale la pena recuperar esas voces y material gráfico como un testimonio de aprecio y homenaje a quien fuera, como lo dice uno de sus pupilos, “nuestro mentor y amigo”.

Empecemos, entonces... por el principio (valga la redundancia), con la memorable e inspiradora carta de Pedro Roel, quien en forma conmovedora habría de abrir a sus excompañeros y amigos el círculo ardiente de la memoria por el Erwin Frank.



Pedro Roel y Erwin Frank.

1. Pedro Roel (Perú)

Acabo de enterarme muy tardíamente de un hecho desgraciado, que es el fallecimiento de nuestro querido profesor y mentor Erwin Frank. Claudia López, que había tenido la intención de encontrarse conmigo a su paso por el Perú, no logró este cometido pero me comunicó este doloroso hecho. Fue algo repentino; fue un ataque fulminante mientras daba clases en uno de los salones de su Universidad, la Universidade Federal de Roraima, el 25 de abril del 2008. Tenía 57 años. Fue tan llorado por todos, que incluso hace un par de semanas han rebautizado una plaza con su nombre en el Núcleo de Estudos Comparados Amazônia e Caribe (NECAR) como un espacio para actividades culturales. En su entierro, así como en la inauguración de esta plaza conmemorativa, habían estado presentes amigos y representantes de grupos indígenas. Leí en las noticias que los momentos más emotivos correspondieron a la entrega de un arreglo floral por parte de los nativos de la comunidad de Mataruca, donde había estado trabajando recientemente.

La noticia la recibí con total incredulidad: ¿Erwin Frank se había ido? Me vinieron a la memoria cientos, quizá miles de momentos en que su presencia había sido determinante para mucha gente. Me acordé de la primera vez que lo vimos cuando habíamos salido con Pepe Almeida y otros más del primer día de clases en la FLACSO, después de la inauguración (de la que por cierto no recuerdo prácticamente nada). Fuimos a comer a un restaurante y entonces fue hacia Pepe un señor de saco de color guinda y sombrero negro de ala ancha, con una expresión severa y directa, una mirada escrutadora que rápidamente sabría quién eras por mucho que le ocultaras. La voz ronca corroboraba esa impresión. Asustadizo como era (y sigo siendo), recuerdo que me preocupó un poco al enterarme que sería nuestro profesor y que pronto se ocuparía de nosotros.

El primer semestre resultó tan duro para nuestra autoestima que muchos pensamos que no íbamos a sobrevivirlo. Pasada esta prueba pasamos a conocer a nuestros profesores, y para mi sorpresa Erwin había sido, a pesar de su continente severo y sus respuestas aceradas, una de las personas más humanas del planeta. Poco a poco representó para nosotros más que un simple profesor: era un amigo, grande e íntimo para muchos, y casi una especie de padre (estoy seguro que esto último le hubiera hecho gracia), porque su amplio conocimiento salvó a nuestra escuela del marasmo en que a veces parecía se iba a caer. Sin él, yo no hubiera superado mis problemas personales, de los que fui consciente desde entonces. Él me empujó a seguir, me enseñó a valorarme; quizás él consiguió esto de mí más que nadie.

También podía ser vulnerable, admitiendo cuando se equivocaba o cuando tenía temor de fallar, pero no dejó de defender sus principios incluso si esto le costara amistades o polémicas con personalidades públicas. Hacia el 2005 había estado metido en una discusión después de que un reportaje periodístico sobre el infanticidio entre los yanomami (es decir, dejar morir a los niños que habían nacido con malformaciones, o casos de infanticidio femenino) había producido indignación en ciertos sectores de la opinión pública brasileña y en el gremio médico moderno, que quiso iniciar una campaña de rescate de estos niños y la reeducación de los nativos. Erwin dijo que éste era un rasgo cultural más, que no teníamos derecho a tomarlo o alterarlo como si fuese una anomalía (aparte que quien decide esta suerte de los hijos suele ser la mujer, que por tanto tendría la facultad de elegir). La diferencia cultural debía de ser respetada. Como era de esperarse, algunas voces del gremio médico brasileño dijeron que había que defenderse de ciertos antropólogos que permiten y fomentan la barbarie. En el Perú sostener una idea así es condenarse al ostracismo, porque el etnocentrismo es particularmente fiero en mi país. Esta propuesta, que para mí sigue siendo polémica y que no la defendería de primer momento, él la sostenía sin mayor problema. Ese era Erwin Frank.

Por otro lado, ¿cuánto habríamos conocido de la Antropología y la Filosofía si no hubiera sido por él? Más allá de las naturales tendenciosidades que todo el mundo tiene, fue la primera persona que abrió para mí el panorama del pensamiento como una cosa viva y no sólo como una exposición de todas las ideas posibles. Tengo guardadas sus clases, con la letra apenas visible, de las ideas, idas y venidas, glorias y miserias de los antropólogos que siempre habían sido para nosotros unos grandes nombres. No hubiera entendido a esos dementes franceses post-68 si él no hubiera sabido explicárnoslo en su alemán inflexible, pero claro como el agua. Libros y libros fotocopiados, ideas que discutir las sobrepasaría el tiempo de vida de media humanidad, él nos los puso a nuestro alcance y siguen ahí todavía. De hecho, en uno de los artículos que encontré hace poco, se atribuye a Erwin Frank esta sencilla frase: “Para quê serve o

conhecimento se eu não posso dividi-lo?” (¿Para qué sirve el conocimiento si no puedo compartirlo?).

Esas paredes blancas y frías de la FLACSO, esa pizarra acrílica también blanca, tan mortalmente blanca como la sonrisa de la reina Amparo Menéndez-Carrión; esos suelos alfombrados de negro para que no se oyeran nuestros pasos; ese cartel de “Prohibido Fumar”; el gris de los pupitres pequeños. ¿Cuánto de eso habría sido soportable sin gentes como él? Podías ser serio y reírte al mismo tiempo. ¿Cómo podía sostenerse un salón con gentes tan diversas (¡casi ninguno era igual al otro!) y que en cualquier momento podrían enfrentarse a dentelladas, si no hubiera sido por su presencia? En poco tiempo resultó que todo era posible. Se escuchaban frases de filosofía alemana y francesa, de poesía colombiana y de canción indígena, de acusaciones de racismo y crimen, de libertad y perdición, de amores y rupturas, de maravillosas equivocaciones y de verdades silenciosas. Allí estábamos “los peregrinos” y nuestras peregrinas ideas; las “chicas” y sus ardorosas polémicas; la tranquilidad de Luis de la Torre, el buen humor de Raúl o del Pepe; el ventarrón de aire fresco que era Iván, las lluvias y granizadas repentinas, las fiestas de amanecida... Todo eso en el ambiente de Quito, con su tranquilidad que en su momento me pareció provinciana (soberbio que es uno), pero que era ideal porque en todo momento aunabas aquella historia añeja de la ciudad, ese acento quiteño y esas tejas rojas con la modernidad más impersonal, sea la de FLACSO o de los centros comerciales y los Supermaxis. En el único país no neoliberal de ese momento, casi todo el mundo perdió en su momento la compostura, como seguramente debía ser cuando sentimos ese olor desarreglado de la libertad. También puede doler, porque eso es parte del vivir. Mucho de lo que fue no fue como debía haber sido, quizás. Pero lo es que es, ES, y no (o no del todo) otra cosa. Todos en su momento sufrieron, pero con ello dejaron una parte de su corazón en Quito. Mi parte está con ellos.

Por eso creo que Erwin Frank en realidad no se ha ido. Aquella plaza con su nombre, así como esta nota, son intentos humanos de recordarnos nuestra posibilidad de trascender, incluso cuando de nosotros se pierda la memoria. Lo que ha sido de algún modo sigue existiendo. Un compatriota de Erwin, Goethe, decía alguna vez que lo que queda de una persona no es en realidad la gran obra hecha, en la que todos se esfuerzan, sino lo que ha dejado en todas las demás personas que la han conocido. En cada una hay un pedazo de él. Quizás yo diga todo esto para superar el dolor de esta noticia, que me ha hecho llorar en la oficina y fuera de ella. En verdad aún no puedo terminar de creerlo. Porque de algún modo no es verdad. Será verdad cuando olvide lo que me enseñó y a lo que debí haberme orientado desde entonces, según su propia sugerencia. Quiero que Erwin sepa que lo seguimos queriendo mucho, dándonos la esperanza de que mientras exista el mundo seguirán existiendo gentes como él.

Toda la influencia que ejerció en nosotros se resume ante todo en una actitud ante la vida, ante la gente y ante el conocimiento que al menos como un ideal ha quedado entre nosotros, lo suficiente como para que no lo olvidemos. Ciertamente que Andrés Guerrero, Juan José Pujadas, Laura Rival y otros profesores nuestros han sido igualmente brillantes, pero en comparación, la actitud de Erwin era más vital que propiamente académica. De esta manera nos dábamos cuenta que no era simplemente cuestión de obtener y transmitir conocimiento; era ser parte de lo que se conoce y se transmite, quitándonos la ilusión de que somos simples “estudiosos” de algo; de lo vital a lo lúdico, de lo cotidiano a lo esencial (si tal cosa llegó a existir alguna vez), resultaba que ahora estábamos metidos en este ruedo, sea lo que sea que hubiéramos querido ser.

2. José (Pepe) Almeida (Ecuador)

Que bonitos y profundos tus recuerdos de nuestro querido maestro y amigo, el inolvidable Erwin Frank. Pedrito, creo que has captado lo esencial de lo que podría ser el sentimiento compartido de todos quienes tuvimos la suerte de conocerlo tanto en aquellos agitados días flacsianos como más allá de esa rica locura ecuatoriana y quiteña. La noticia de su muerte fue un gran impacto y, claro, aparte de ser increíble, ha empezado a tejer en torno suyo una especie de leyenda que a buena hora se ha extendido hacia quienes fuimos sus discípulos y amigos. Y creo que deberíamos hacer lo posible por enriquecerla.

Pues, sí, a mi me llegó la noticia un tanto diferente. No les cuento quien me la dio para así ponerle un poquito de misterio a esta historia, ya que se trata de una persona que conocía muy bien su vida y milagros. Según esta versión, el Erwin había fallecido en la biblioteca de la universidad, en medio de sus amados libros, mapas y pergaminos. Mi reacción inmediata fue (y se la comuniqué a los amigos ecuatorianos de la FLACSO) pensar que había muerto en el momento y sitio perfectos: “con las botas puestas”, como un cantante que muere en el escenario o un futbolista en un estadio. Y como tú, querido Pedro, empecé a recordar sus enseñanzas y acechanzas, ya que no cabe duda de que nos enseñó a pensar y desconfiar del canon como práctica indispensable de crecimiento y superación personal. Pero también lo recordé en su generosidad y amabilidad sin límite, ejemplificadas en su empeño por entregarnos sus lecturas escritas día a día, a sabiendas de que ello facilitaba el desenmarañamiento de nuestra mente, sin escatimar el peso de las horas extras que esta tarea le demandaba. No cabe duda de que tuvimos a nuestro lado un ser excepcional.

Y también le recordé sumergido en la alegría y la risa que provocaban sus anécdotas, con su fantástico humor negro, muy acorde con los Monty Python, a quienes tanto admiraba, como cuando nos contaba la forma como lo atropelló un bus en una calle

de no sé cuál ciudad brasileña. De pronto se despertó desnudo en la sala común del un hospital público y decidió escapar apenas cubierto por una ridícula túnica que sólo cubría su parte delantera y dejaba destapadas su espalda y posaderas. Al momento en que fue sorprendido en su demencial despropósito, acarrea consigo la parafernalia de tubos y dextrosas que le habían pinchado en uno de sus brazos para así pasar dizque “desapercibido” por la puerta de salida. Nunca habré reído tanto como cuando nos contó su primera experiencia como cazador entre los uni: habiendo ya logrado su confianza y respeto, fue invitado a cazar con ellos y no encontró mejor momento para estrenar una escopeta que días antes había comprado en la tienda de un poblado cercano. Así, esperó agazapado en los matorrales junto al resto de sus compañeros y, de pronto, cuando escuchó el estruendo de una manada de sajinos aproximándose, saltó adelante, listo para el primer disparo. Mas, cuando ya debía hacerlo, la maldita escopeta apenas produjo un ridículo chasquido y los sajinos continuaron su torpe marcha casi atropellándolo. En su desesperación, Erwin no encontró mejor solución que atacarlos con la escopeta a manera de garrote, desde luego sin lograr derribar a ninguno de estos corpulentos animales. En medio de la polvareda y las risas de sus compañeros de cacería, frustrado e indignado, pensó en los mil modos que habría para demandar al desgraciado comerciante que le vendiera el arma. No era difícil concluir con ésto que la vida peregrina del Erwin coincidía plenamente con la locura y barroquismo tropical de los selváticos sudamericanos, tanto como cuando había empatado con los andinos ecuatorianos y otros pérfidos latinoamericanos en las calles de Quito y Otavalo.

Y así resultaba comprensible que Erwin hubiera viajado al Brasil para quedarse. Y ahí habría de hacerlo para siempre. Así como también quedará en cada uno de nosotros como ese memorable individuo de bigotito, aretito y sombrero de ala ancha, de sonrisa amable, corazón abierto, gesticulación convincente y opinión precisa y apasionada.

Así que recordémoslo, queridos amigos, en su gran sabiduría y alegría. Y gracias otra vez querido Pedro por brindarnos a su nombre la oportunidad de volver a platicar aunque sea un poquito entre quienes estuvimos en el mismo bus en uno de los trechos más importantes de nuestras vidas.

3. Ladislao Landa (Perú)

Realmente es una gran tristeza la muerte de Erwin. Pedro, ya lo has dicho casi todo, no nos has dejado decir más nada; solo te faltó decir que en la maestría de antropología de la FLACSO él nos enseñó durante dos semestres seguidos, por eso lo tenemos mucho más presente. La verdad que Erwincito era también tímido, como dices que eres tú. Ahora que recuerdo algunas fotos (que por cierto, como siempre, las tomabas

tú, Pedro) hay una en que estamos fuera de toda formalidad departiendo en una reunión. La verdad que teníamos demasiadas reuniones de juerga (aunque se diga que la FLACSO era muy seria). Me hubiera gustado saludarlo nuevamente en Brasil, pero lamentablemente en ninguna reunión de la Asociación Brasileña de Antropología (ABA) o en ANPOCS (Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais) tuvimos la ocasión; un día Claudia me dijo que el Erwin había estado en la Universidad de Brasilia dos días antes de que yo llegara, pero no alcancé a verlo. Creo que Erwin partió (como dice Pepe Almeida) en su trinchera, trabajando con grupos nativos en una región amazónica.



Erwin Frank con Claudia López,
Marcelo Fernández y Gerrit Burwal

4. Claudia López (Colombia)

“Soy un antropólogo alemán y, por lo tanto, tengo que primero pedirles (sic) paciencia con el horrible castellano mío, aunque estoy seguro que va haber maneras de hacerme entender” (Frank 1993b: 1), fueron las primeras palabras que de él escuchamos una mañana de septiembre de 1993 en el curso de teorías antropológicas en la maestría en antropología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Quito. Llegó con su sombrero de fieltro negro que protegía su obtusa calvicie del sol fuerte de los Andes ecuatorianos y ya en su primera lección entró a fondo en el tema:

Están aquí para estudiar las teorías antropológicas, por adentro (sic) de un curso que yo he diseñado (sic) como un curso de historia de la (o las) teoría(s) antropológica(s). Vale, por lo tanto, preguntarse al principio: ¿Para qué estudiar la historia de las teorías antropológicas? (Frank 1993b: 1).

La respuesta a esta pregunta la fuimos tejiendo, cada uno a nuestra manera, en el transcurso de los dos ciclos académicos que con él realizamos y, más tarde, en el trans-

currir de nuestras carreras como antropólogos que hoy actuamos en diversas instituciones académicas de las Américas.

Exigente, cáustico, un “hueso duro de roer”, fue la primera impresión que de Erwin tuvimos. Poco a poco se nos fue ablandando cuando conocimos su lado afectuoso, su gran sentido del humor, su capacidad para reírse de sí mismo. Y pronto ganó nuestra admiración por su dedicación como profesor, oficio que amaba y del cual se sentía muy orgulloso. Para cada lección preparaba un texto de 20 páginas en promedio que contenía un minucioso análisis de las lecturas obligatorias y complementarias, además de notas biográficas de los autores y referencias etnográficas de los diferentes pueblos entre quienes habían efectuado sus trabajos de campo, matizándolas, de vez en cuando, con alusiones a sus propios trabajos en la Amazonía peruana y en los Andes ecuatorianos. Con el texto entre sus manos, en su español germánico, Erwin nos fue develando el mundo de las teorías antropológicas, desde los pensadores pre-evolucionistas a la consolidación de la antropología como ciencia en la segunda mitad del siglo XIX, y el surgimiento de las diferentes escuelas antropológicas en el siglo XX, como también las complejas teorías del parentesco. En total, más de mil páginas de las lecciones de sus tres cursos en FLACSO, escritas en seis meses, que bien podrían constituir una grandiosa obra en diversos tomos, y que generosamente colocó a disposición de sus estudiantes. Sus magníficas lecciones continúan siendo referentes importantes en nuestro quehacer como antropólogos investigadores y/o profesores.

Ya en el segundo ciclo académico, cuando habíamos conquistado plena confianza, comenzamos a llamarlo cariñosamente “papá Frank”, inspirados en el nombre que los discípulos de Franz Boas daban a su maestro, detalle que, vale resaltar, aprendimos en sus lecciones. Sin duda, Erwin fue para sus estudiantes flacsianos un maestro querido. Como profesor nos fue revelando su extraordinaria erudición y al mismo tiempo nos conmovió con la emoción que colocaba en sus lecciones. En su última clase, nos habló de la necesidad de optar por una “antropología subversiva” como posibilidad de consolidar prácticas sociales que contribuyan a transformar el orden etnopolítico establecido en nuestros países de origen. Así reafirmó su compromiso con los movimientos indígenas latinoamericanos y nos incentivó a enveredar por este camino. Su paso por FLACSO-Ecuador fue para Erwin una de sus más gratificantes experiencias profesionales, según escuché de él, cuando nos encontramos en diversas reuniones de la Asociación Brasileña de Antropología (ABA).

En esos días, en Mayo de 1994, en mi cuaderno de notas, casi sin pensarlo dos veces, había descrito a la manera de poemita la estela que el profesor Frank había comenzado a dejar en nuestro interior:

Porque en tus clases se gestan ideas
Cuando hablas de antropología,
De otros mundos, y poesía.
Porque en tus clases construimos reflexiones,
Esperanzas, emociones...
Y el temblor de tus manos frente al texto
Y el poder mostrarte como eras
Nostalgia de montañas quiteñas
Es el sabor de las dos lecciones que aún nos quedan,
“Papá Frank”
Pero el río sigue en busca de su mar...

Así, la transición de Erwin desde los Andes ecuatorianos a la Amazonía brasileña fue el inicio de otra etapa en su vida profesional, vinculándose al Núcleo de Altos Estudios Amazónicos de la Universidad Federal de Pará. Cambió su sombrero de fieltro negro por un sombrero panamá, marca distintiva de su indumentaria. Como compañero y amigo me fue develando su mundo interior, esa compleja amalgama de razón, emoción y sensibilidad artística que no en pocas ocasiones entraban en conflicto, dejando entrever su vulnerabilidad constante, intentando huir de la dictadura de la razón, para dejarse caer en controvertidos estados emocionales que ni sus más grandes esfuerzos podían controlar. Esa dualidad razón/emoción, en constante tensión, fue el trazo marcante de su personalidad y su mejor manera de encarar la vida.

El castillo de Angfelt, donde había pasado su infancia simple y traviesa en un pequeño poblado cerca de Colonia, era su lugar en el mundo. El castillo medieval, que su padre administrara, era su puerto seguro, su lugar mágico, metáfora de sus fantasías, sueños y emociones, el espacio donde encontraba refugio en situaciones de extrema fragilidad. Pintándolo con sus propias manos, con los colores de su fantasía, en lienzos no necesariamente de tela o en papel, el castillo de su infancia lo salvó de muchas encrucijadas de la vida, del mundo racional extremo que siempre detestó, de las insatisfacciones personales y profesionales que lo perseguían insistentemente. Era el reino de las posibilidades y de las transformaciones, su castillo encantado, el único lugar donde podía refugiarse de sí mismo.

5. Marcelo Fernández (Bolivia)

Como todos, siento un profundo dolor por la noticia de nuestro maestro y amigo, y comparto el pesar de cada uno de ustedes. Alrededor del Erwin hemos construido una comunidad que hoy por hoy pese a la distancia nos encontramos ligados y tenemos el vivo recuerdo no sólo de nuestro querido maestro y mentor, sino de cada uno de los que estuvimos en el Programa de Antropología. Aprovecho la ingrata ocasión para

rendir el merecido homenaje a Erwin Frank. Él, como ningún otro supo enterarse de las capacidades y debilidades de cada uno de nosotros; vivirá por siempre en nosotros. Yo al menos me siento la extensión de Erwin. Es por todo ello que le digo como decimos en aymara: *Jallalla Erwin!!!*

Muy grato saber de las actividades y proyectos de cada uno de ustedes. Ojala en algún momento la fuerza vital de Frank nos pueda juntar y poder revivir aquellos momentos de vida compartidos entre todos.

6. Luis de la Torre (Ecuador)

Igualmente me enteré de la infausta noticia de Erwin Frank, a través de María Carmen Ulcuango. No queda dudas que es una enorme pérdida para el mundo académico, pero esas son las reglas de nuestra vida. Lo que si debemos y podemos hacer es seguir aplicando las sabias enseñanzas de Erwin.

Por mi parte les comento que si bien atravesamos un momento de dolor, pero también siento como otros compañeros que ha sido la ocasión para volver a comunicarnos por lo menos aprovechando este medio ya que no lo podemos hacer directamente. En mi caso particular me he dedicado también a la función académica universitaria en varias instancias de mi país el Ecuador y laborar principalmente con miras a fortalecer la antropología económica enfocada al desarrollo de nuestros pueblos. Estuve a cargo de varios proyectos de Desarrollo con Agencias Internacionales en beneficio de nuestro pueblo, y en estos momentos he abierto una posibilidad propia de generar procesos de formación y capacitación profesional aprovechando las riquezas de la antropología andina solidaria y también algunos elementos que a veces suele brindarnos la modernidad en estos temas. Quisiera seguir en contacto con ustedes ya que eso fortalecerá mucho nuestros ánimos así como la posibilidad de seguir adelante en nuestros propósitos.

7. Raúl Mideros (Ecuador)

¡Qué bueno saber de ustedes! Y que triste la noticia de la muerte del Erwin. Aquí les van unos cortos versos que me gustan mucho y vienen al caso:

Una vida

Vienes, me tocas, me acaricias, me estrechas,
Me unes a tu cuerpo cálido, murmuras algo como una oración.
Nuevas caricias, besos y palabras susurradas.
Al fin, me enciendes y depositas en un bosque de pequeñas llamas.
Pronto no seré más que un mínimo charquito de cera derretida
(Dávila Vázquez 2005).

8. Vivian Gavilán (Chile)

Qué pena lo de Erwin. Estuve en el 2006 en Brasil y hablamos un poco de él con Claudia. La vida es con la muerte y ésta con la vida. Un ejemplo de ello es que nuestra generación sólo andaba de parranda. Un gustazo, tenerlos, al menos en frente de la pantalla.

9. Amparo Eguiguren (Ecuador)

Esto de ser casi la última en la lista de correos de l@s compas es chévere y extraño a la vez; lo extraño es haberme enterado recién de que pasó con Erwin y tardíamente compartir la pena con tod@s; lo chévere es leer todos los correos que siguen abajo y enterarme algo de la vida de cada un@.



Erwin Frank y Iván Micelli.

10. Iván Micelli (Chile)

He leído, desde el mensaje inicial de Pedro hace unas semanas, atentamente cada uno de los mensajes, sin atreverme a intervenir aún.

Se juntan las emociones, se curva el tiempo acortando el espacio y brotan de la memoria las imágenes y sensaciones.

Un recuerdo para Erwin Frank: su generosidad para entregar y compartir su saber sin restricciones ni mezquindades –recuerdo el desapego con que nos entregaba los archivos de sus clases.

Su paciencia y respeto para escuchar la lectura de las pruebas de quienes estábamos desprovistos de una decente técnica de la textualidad, sin barroquismos: mi pésima letra, junto con la de Marcelo Bonilla.

Recuerdo su honestidad para expresarnos en la última clase su propia contradicción con esto de ser antropólogo alemán, con toda la carga que la historia implicaba, mostrándonos que la academia no está ajena de la historia personal y de las convicciones más personales y profundas.

Quizás lo más intangible y valioso era la manera sutil en que se relacionó con nosotros, sus alumnos, de una manera abierta, sin prejuicios ni barreras, sin que pesaran títulos académicos. Esto le permitía discutir y compartir el vuelo del pensar y reflexionar sobre este extraño y conocido ser que somos cada uno de nosotros.

Ese recuerdo perdura. Sin duda hay un espacio construido entre su nacimiento y su muerte, pero Erwin ya no está condenado a la Soledad.

Y a la vez, luego de tantos años su recuerdo ha provocado este reencuentro, que por lo que leo, nos marcó a todos. Por muchos años seguí viviendo mentalmente en Ecuador, mosaico impredecible y colorido; ese país donde en mi opinión y definición “nada es seguro, pero todo es posible”; aquel lugar cálido, de distancias cercanas, ritmo pausado, y donde “siempre hay tiempo”.

Recuerdo cada día a todos con inmensa nostalgia, quizás por el gran contraste que marca la realidad de este país (Chile) tan gris y perdido de alma.

La muerte de Erwin y el oficio de Pedro para buscarnos y encontrarnos han dado sus frutos; habrá que mantener ese vínculo que se ha recreado. Es bueno saber que todos están bien y que cada uno ha perseverado y derivado en sus afanes. Me alegra saber que aquel inicial trabajo de Lucho de la Torre en antropología económica y el uso social del excedente, tuvo la continuidad y dio los frutos que a la vista muchos esperábamos cuando veíamos su potente “visión”, así como también los trabajos de Marcelo, Claudia, Ladislao, Pepe y todos los demás.

11. Margarita Huayhua (Perú)

El profesor Erwin Frank fue uno de los pocos profesores que conocí que dedicaba largas horas extras a sus estudiantes para solventar cualquier duda o pregunta sobre las lecturas que teníamos que hacer para las clases de antropología teórica. Particularmente, yo era una de las estudiantes que iba todos los miércoles a consultar al doctor Frank sobre mis lecturas y dudas que tenía al leer los textos. Recuerdo mucho una de aquellas lecturas cuyo autor era Rousseau. El profesor pasó como dos horas explicándome de manera precisa las implicancias y consecuencias del pensamiento del autor para la discusión teórica. Luego de eso, me invitó a escribir un pequeño ensayo en base a la selección de algunos de estos textos. Me dio el tiempo necesario y cuando terminé la primera parte, lo revisó y me indicó cómo debía mejorarlo para entregar mi versión final. Al entregarle, lo detalle por detalle, dándome nuevas sugerencias, preguntas y críticas constructivas para avanzar en mi formación académica.

No he vuelto a encontrar otro profesor cómo él tan consistente, sistemático, analítico, dedicado y paciente con sus estudiantes. Creo que era un profesor único.

12. Gabriela Torres (Guatemala/Canadá)

Aquí va una nota que aspira recordar el impacto de Erwin Frank en mi desarrollo como persona y como profesional. Si les parece por favor siéntanse con libertad de incluirla.

La mañana que salíamos en ruta a Otavalo para disfrutar del calor de la familia de Lucho me encontré con Erwin Frank en la estación de buses. Fuimos los primeros en llegar y esperamos al principio sin hablar mucho. Yo no lo conocía bien pero lo había visto sentado solo en restaurantes en las cercanías de la calle Amazonas. A veces el también me había visto a mi sentada sola en los mismos restaurantes. Pero nunca habíamos hablado de esto. Esa mañana estando solos entre la muchedumbre y el relajo de los buses y la gente que embarcaba en buses destinados a todas las esquinas del Ecuador, Erwin me confesó algo: él había tratado de llegar tarde. A propósito se había demorado en su café matutino y en afán de llegar tarde había dispuesto que iría a caminar desde su casa hasta el centro histórico donde se encontraba la estación en la cual tomaríamos el bus. Empezó su caminata pero vio su reloj y se dio cuenta que llegaría tarde. Él sabía que nadie llegaría a tiempo, entonces se esmeró en seguir su camino a pie, pero tampoco pudo. El peso del reloj lo forzó a tomar el siguiente taxi que se le acercó y llegó entonces como era su costumbre a tiempo o casi a tiempo, aunque él ya sabía que eso significaría que tendría que esperarnos en la estación. No pudo forzarse a sí mismo a llegar tarde y fue así como nos encontramos esa mañana a solas en la ruta hacia Otavalo.

Comparto esta memoria porque he aquí un momento donde yo aprendí algo invaluable sobre la disciplina en la cual me encuentro ahora situada como investigadora y maestra. El antropólogo puede lograr a comprender la cultura en la cual se sitúa (sus dinámicas, sus prácticas, sus deseos) pero no es parte de esa cultura aunque trate de serlo. El antropólogo siempre se localiza al intermedio en el momento liminal de entrar y no entrar, salir y no salir, el momento de estar a solas entre la muchedumbre de la estación. Este es el momento a través del cual recuerdo a Erwin ahora. Erwin maestro de teoría antropológica cuyo impacto me deja sin palabras suficientes para hacerle justicia a su memoria.

13. Contribuciones especiales:

Henry Salgado Ruiz (Colombia)

Muchas gracias Pedrito por compartírnos este sencillo, sentido y hermoso homenaje. Cuidate mucho y recibe un fuerte abrazo.

María Carmen Ulcuango (Ecuador)

La noticia del fallecimiento de Erwin fue muy dolorosa e impactante. Me enteré por Margarita.

A partir de este dolor que nos ha comunicado, aprovecho este mensaje para decirles que están en mi corazón.

Les envío esta foto que hace honor a la amistad que a todos ustedes ahora y siempre les junta y nos junta en las alegrías y las penas.



¡¡¡GRACIAS, ERWIN!!!

Primera fila, sentados:

Luis de la Torre, Ladislao Landa, Marcelo Fernández, Margarita Huayhua.

Segunda fila, parados:

Alexandra Martínez, Gabriela Torres, Alicia Torres,
Xumei Wang, Erwin Frank, Claudia López, Raúl Mideros, Esteban Ticona;

Tercera fila, encaramados:

José (Pepe) Almeida, Pedro Roel, Iván Micelli, Adolfo (Fito) López.



Primera fila (centro):

Gerrit Burwal, Claudia López.

Segunda fila (izquierda-derecha):

Gabriela Torres, Patrick Rashleigh, Carmen Hess, Amparo Eguiguren, Lilian Rodríguez,
Adolfo López, Fernando Larrea, Fernando García, Manuela García.

Fila intermedia:

Erwin Frank, Raúl Mideros, José Almeida, Kimberly Gauderman.

Ultima fila:

Catalina León, Ladislao Landa, Alexandra Martínez, Pablo Ospina, Vivian Gavilán, Alicia
Torres, Marcelo Bonilla.

Referencias bibliográficas

Dávila Vázquez, Jorge

2005 Minimalia: cien historias cortas. Quito: El Conejo.

Frank, Erwin

1987 "... y se lo comen". *Kritische Studie der Schriftquellen zum Kannibalismus der panosprachigen Indianer Ost-Perus und Brasiliens*. Mundus Reihe Ethnologie, 1. Bonn: Mundus.

1991 Movimiento indígena, identidad étnica y el levantamiento. En: Almeida, Ileana, José Almeida Vinuesa, Simón Bustamante Cárdenas, Simón Espinosa, Erwin H. Frank, Hernán Ibarra C., Jorge León, Richelieu Levoyer A., Luís Macas, Gonzalo Ortiz Crespo, Ignacio Pérez Arteta, Galo Ramón, Fernando Rosero & Lucy Ruiz M.: *Indios. Una reflexión sobre el levantamiento indígena de 1990*. Quito: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS)/Abya Yala, 499-527.

1993a *Los pueblos indios en sus mitos: uni*. Quito: Abya-Yala.

1993b *Lección I (Semana 1), "Historia de las teorías antropológicas"*. FLACSO, Septiembre 1993. Manuscrito inédito, archivo personal de Claudia López.

1998 Modernidad, pobreza y pluralidad cultural. En: Landázuri, Cristóbal (comp.): *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología, Tomo II*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)/MARKA/Abya-Yala, 327-339.

Frank, Erwin, Ninfa Patiño & Martha Rodríguez (comp.)

1992 *Los políticos y los indígenas*. Quito: Abya-Yala/Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).

Frank, Erwin, Javier Villacorte Bustamante, Chaparo Villacorte Mëa & C. Santiago Mëa

1990 *Mitos de los uni de Santa Marta. Enëx ca Santa Martanu icë Unin bana icën*. Colección 500 Años, 26. Quito: Abya-Yala.

Patiño, Ninfa

1996 *El discurso de los políticos frente a los "otros"*. Quito/Tegucicalpa: Abya Yala/Guaymuras.